

Allá lejos y hace tiempo

Liliana Weinberg

Allá lejos y hace tiempo, en Buenos Aires y en 1966, en los comienzos de una de las tantas etapas de feroz represión que vivió la Argentina, una niña de pocos años y de largas trenzas veía cómo su padre recibía, escapando a la censura, los tomos multicolores de la revista *Cuadernos Americanos* que traían un momento de respiro y de luz a ese gran intelectual argentino en una época de cruenta persecución política y apagón cultural. Mi padre me hablaba entonces de ese paraíso académico y editorial que representaba para él México, y se refería así, como con nostalgia del paraíso, a sus grandes universidades públicas, a sus portentosas empresas editoriales, a ese lugar donde el Estado y los capitales nacionales habían propiciado un admirable despegue cultural. ¿Cómo no soñar, desde ese entonces, en un paraíso de libertad y cultura para todos llamado México? Un paraíso que en la oscuridad de la represión de Buenos Aires yo asociaba con los colores vivos de *Cuadernos Americanos*?

Quise empezar por esta breve historia, que está en el origen de mi memoria, para compartir el más remoto porqué de esta honda alegría que siento, puesto que a la felicidad de recibir un premio tan prestigioso, sumo entonces elementos necesarios para dar la magnitud que alcanza para mí el reconocimiento, que vino a colmar los sueños de alguien que desde muy joven pensaba en México como un paraíso de libros y de libertad.

Llegué por fin, años después, a México, con un título de antropóloga bajo el brazo y sobre todo con un particular entusiasmo para los trabajos de edición y una profunda vocación por la literatura. Aquí conocí ese anhelado paraíso: ingresé a El Colegio de México, donde trabajé y estu-

dié; pasé más tarde a la UNAM invitada por Leopoldo Zea a desempeñarme durante diez años como editora (cumpliendo, creo, mi destino) de la revista *Cuadernos Americanos* y comencé mi vida como investigadora en el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos a la vez que como profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Visité admirada las tan anheladas casas editoriales, el Fondo de Cultura Económica, donde el ensayo había alcanzado, con mis tan admirados Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, su “tierra firme”, y visité también la editorial Siglo XXI, todavía en vida de Arnaldo Orfila Reynal. Y comprendí que mi padre tenía toda la razón.

Los sociólogos han acuñado una categoría certera, la de “capital simbólico”, que permite explicar en parte por qué estoy aquí: nací entre libros, en rigor, nací en una biblioteca, soy hija de un gran intelectual progresista argentino muy ligado a México, quien me leía el *Quijote* y me entrenó en el amor por la lectura, que mandó a sus tres hijos a la escuela y a la universidad pública y que hizo de la escritura, de la edición y de la defensa de la vida académica una verdadera forma de militancia política. Soy hija de un hombre de libros hoy convertido él mismo en libro.

Pero comprenderán que no basta con explicarlo todo como resultado necesario de un “capital simbólico” de origen. Hace falta inventar nuevos términos que cubran cuestiones tan sutiles y friables como las esperanzas y los sueños. Es aquí, en este punto, donde ingresa el poder imaginativo del lenguaje y de la literatura, capaces de expandir el mundo de lo nombrable y lo memorable. Sólo así se puede entender a cabalidad la honda satisfacción de encon-

trarme, de reencontrarme a mí misma en un libro de ensayos dedicado al ensayo que es básicamente un canto de amor a toda la literatura y al mundo del libro y la lectura.

Falta también a los sociólogos explicar estas extrañas combinatorias de azar y necesidad que un autor como Jorge Luis Borges supo tan bien nombrar, y estos no menos maravillosos momentos en que pasamos de la soledad de la escritura a la comunidad de la lectura, para usar términos que un autor como Octavio Paz describió de manera impecable.

Desfilan por mi libro lecturas queridas, y en este libro represento el íntimo diálogo con todos ellos: Thomas de Quincey, Walter Benjamin, Virginia Woolf, Albert Camus, Robert Musil, Italo Calvino, Odiseas Elytis, Rosario Castellanos, Tomás Segovia, Ricardo Piglia y muchos autores más, a la vez que Paz y Borges, exploradores geniales de las fronteras entre ensayo, poesía, narrativa.

No deja de sorprenderme que el premio “Pensar el ensayo” haya sido el primero de marzo de 2007, precisamente el mismo día que Michel de Montaigne firma la advertencia al lector que encabeza sus obras. En efecto: es en un primero de marzo de 1580 cuando firma el texto que comienza con una promesa de sinceridad y responsabilidad por lo dicho: “Es éste un libro de buena fe, lector”.

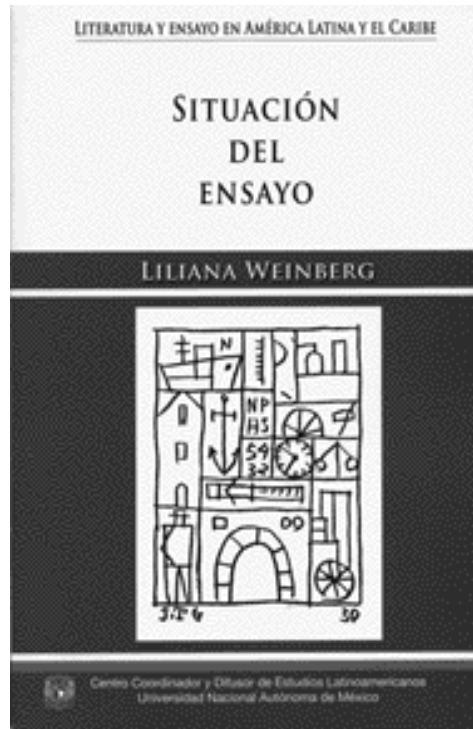
Se trata también, en mi caso, de un libro de buena fe. Este texto es un canto de amor al ensayo, al que interpreto como una poética del pensar, como ejercicio radical del entender, como un género proteico a la vez que prometeico, vinculador de mundos y experiencias, prosa mediadora entre la prosa y el más exquisito representante de la gran familia de la literatura de ideas, tocado

por una voluntad a un tiempo ética y estética. Pienso en el ensayo como un género paradójico si los hay, en cuanto es una forma privada de vivir lo público y una forma pública de traducir lo privado. El ensayo es enlace entre la experiencia individual y el sentido general, es voluntad de estilo en el decir y en el pensar, es escritura de una lectura y lectura de una escritura. El ensayo es la morada del intelectual en el tiempo.

Es entonces un enorme orgullo trabajar en la UNAM, esta gran universidad pública, vanguardia de la educación superior en América Latina, a la que dedico mi premio. Es un gran orgullo recibir este reconocimiento de manos de instituciones como El Colegio de Sinaloa, la Universidad de Sinaloa y Siglo XXI editores, una usina de ideas que ha sido y sigue siendo clave para mi generación, santo y seña de una gran tradición de pensamiento progresista, de defensa de las grandes causas de la libertad de creación y de pensamiento y una de las grandes casas editoriales de América Latina que, de manera más admirable, ha logrado afrontar los embates de estos duros tiempos de reconversión económica y de reconfiguración de la industria del libro. Desde el adusto y elegante edificio de piedra *tikul* que se levanta en la calle Cerro del Hombre, Siglo XXI se erige siempre como la casa de la cultura, como el bastión de la lectura, como el mirador para asomarnos a la aventura de las ideas y la imaginación.

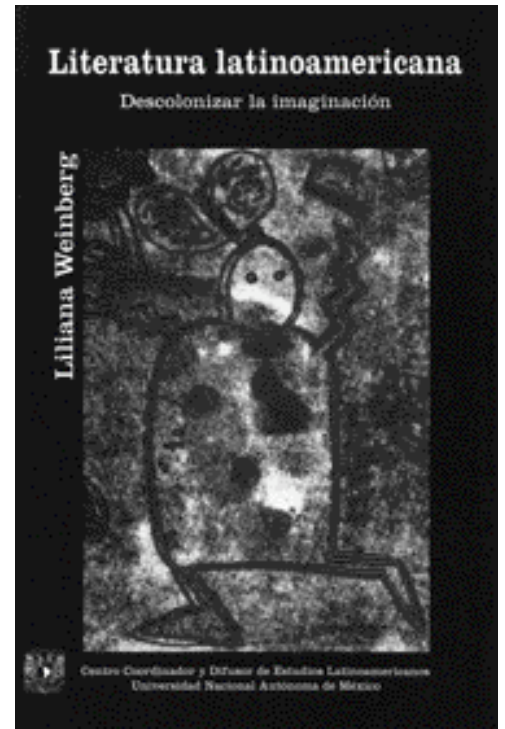
Es también una enorme felicidad haber recibido este premio en el ámbito de la Feria del Libro de la UNAM, en pleno centro histórico de la Ciudad de México y en un edificio que guarda y representa también lo mejor de la tradición científica que surge con el proyecto ilustrado: el Palacio de Minería, y nos recuerda que el siglo XXI es también el gran siglo del conocimiento.

Por fin, quiero agregar que en mi libro he querido registrar no sólo aquello que el en-



sayo tiene de dicho, de escrito y de editado, sino también todo aquello que el ensayo tiene de diálogo y escucha, de interpretación activa, de reconocimiento compartido, de encuentro participativo, de experimentación y de conjetura de nuevas realidades.

En el seudónimo que elegí, Esteban Gutiérrez, se oculta el diálogo entre dos grandes amigos, Esteban Echeverría y Juan María Gutiérrez, que en el siglo XIX soñaron de manera cómplice en grandes proyectos a la vez políticos e intelectuales y no tuvieron una ilusión menor sino la de refundar sobre bases modernas la nación argentina. Insisto: no sólo evoco su figura, sino sobre todo el diálogo entre ellos, lo que se dijeron, lo que se perdió: evoco su experiencia de vivir el mundo. Y al hacerlo así evoco también el diálogo entre otros dos grandes amigos, Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano, quienes por esos mismos años hicieron lo propio para repensar el destino de México. En estos días en que ha comen-



zado a circular también otro testimonio de un encuentro literario fundamental, el de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, evoco también el diálogo de diálogos, aquel que llevó a Platón a la necesidad de salvar del olvido las palabras de su maestro Sócrates, y el que sostuvo Montaigne con Esteban de la Boétie, un diálogo interrumpido por la muerte del amigo y que llevó a Michel de Montaigne nada menos que a fundar un nuevo género, el ensayo, para que las huellas de ese encuentro intelectual no se perdieran nunca. Pensó así para siempre el padre del ensayo en su escritura como un ejercicio de responsabilidad y dijo también para siempre que “vamos de la mano mi libro y yo”.

Este libro es así un encuentro por la palabra y un encuentro con la palabra. Este libro es un diálogo intenso, hondo y participativo con todos los lectores, este libro es la escritura de una lectura, a la vez que la lectura de muchas escrituras. U

El ensayo es voluntad de estilo en el decir
y en el pensar, es escritura de una lectura
y lectura de una escritura.